

SENDAS Y ENCUENTROS DE UN GURÚ N° 7

Un Maestro en la vida y para la vida humana

El Maestro Estrada nos enseñaba de muchas maneras; especialmente lo hacía con la intención de concienciarnos sobre diversos aspectos que omitíamos o percibía que idealizábamos a su persona como Maestro, al proyecto de reeducación humana, nuestro trabajo personal o a la vida en general.

De muchas maneras viví con él aprendizajes que parecerían que un Gurú no enseñaría. Lo que sí tengo claro es que ante todo él siempre nos mostró su disposición a hacernos crecer en el arte de vivir y no caer en descuidos, faltas o excesos.

Como muestra de esos aprendizajes, recuerdo que en la etapa en que vivía con mi esposa y primera hija en Cuernavaca fui invitado a conocer la nueva casa sede de la GFU de Torreón, a su inauguración por el Maestro Estrada.

Al día siguiente, después de haber inaugurado la casa durante el desayuno, el Maestro Estrada inesperadamente desapareció y nadie supo cuándo ni por dónde se había ido, ni siquiera su esposa, el Reverendo Carlota.

Inquietos, lo empezamos a buscar en lugares cercanos, pero no le encontramos. Como a la media hora, llegó cargando varias bolsas llenas de artículos. Nosotros pensamos que eran cosas personales.

Cuando nos vio, nos dijo: “Si son mis discípulos, vengan para acá, que el Maestro les va a dar una enseñanza muy importante”. Los presentes nos sentimos privilegiados y subimos al segundo piso siguiendo al Maestro, esperando recibir tan elevada lección como sus discípulos.

Se dirigió al vestidor y baño que se les había señalado para él y a su esposa. Este vestidor tenía su acceso por el pasillo de un corredor. Ya estando frente a la puerta, colocó las bolsas en el piso y nos dijo: “No toquen nada, que son cosas para la enseñanza de hoy”. “Miren espero que no pierdan detalle y aprendan con esta enseñanza que les voy a dar, porque es muy importante para ustedes y para la Misión de la Gran Fraternidad Universal”. Todo parecía tan misterioso y especial que nos pusimos muy alertas para escucharle con mucha atención y recibir la enseñanza prometida.

Sacó entonces un desarmador y varios tornillos junto con un pasador para trabar la puerta, y nos reiteró: “Ahora no se me vayan a ir, porque esto es una enseñanza importante”.

Abrió la puerta y empezó en silencio a atornillar el pasador por dentro de la puerta y la traba en el bastidor de la puerta, mientras nos decía de vez en cuando: “No pierdan detalle que esto va a quedar bien”.

Al finalizar nos dijo: “Espero que esta enseñanza les quede bien clara”, entonces cambió su semblante por uno de expresión enérgica y continuó diciendo: “Miren, es una vergüenza que este sea el vestidor y water (escusado) que le ofrecen al Maestro o a cualquier persona; esto no se puede cerrar por dentro. Ustedes quieren que me vean desnudo y en posiciones

comprometedoras en el water (escusado). Yo pienso que eso es una falta de sensibilidad y de educación. Los miembros de la Gran Fraternidad Universal traemos una reeducación humana, además, esto da vergüenza de lo sucio que está. El Maestro ya solucionó el asunto este del exhibicionismo que les encanta a ustedes, que por lo que veo, para ustedes es un halago que les abran la puerta y los vean como dios los trajo al mundo. A mí eso me hace pasar vergüenzas”.

Entonces se agachó para sacar más cosas de las bolsas que estaban en el piso y nos dijo: “Pero falta más, no se me vayan a ir, aunque se les caiga la cara de vergüenza, porque el Maestro va a limpiar esta regadera, lavabo y water (escusado) que son una porquería. Miren, cuando uno ve el baño de una casa, sabe qué tipo de educación tiene la gente. Esto es una porquería y nosotros venimos por una reeducación de la humanidad y así no lo que estamos demostrando. Pero eso sí, vemos y sabemos mucho acerca de Papa Dios y de muchas cosas, pero de vivir bien y decentemente muy poco. Esto que estoy haciendo es elemental en la dignidad de un ser humano”.

Recuerdo la cara de vergüenza de todos los presentes, que parecían desmoronársenos, guardando silencio, encogidos de hombros y esperando que terminara ese martirio.

Lo único que se me ocurrió en ese momento para sentirme mejor, fue decirle: “Maestro, déjenos hacer la limpieza, creo que ya entendimos”, a lo que replicó muy serio: “Miren, yo quiero que esto quede bien hecho y quiero que vean que el Maestro sabe hacer esto y otras cosas también, pero sobre todo que no se les olvide, porque si a ustedes les gusta vivir así, el responsable de dejarlos mal formados y educados es el Maestro, la gente va a decir: “Pero miren cómo viven los discípulos del Maestro Estrada”. Y continuó: “El Hijo del Hombre viene a vivir con sabiduría y eso empieza con la limpieza y el orden, esa es la magia blanca. Todavía no se me muevan, si quieren ustedes se me sientan en unas sillas, porque quiero que aprendan bien y vean cómo se hace”

Efectivamente, el Maestro sacó unos guantes plásticos, se arremangó su camisa y empezó con cloro y otros productos a limpiar los azulejos uno por uno, dejándolos relucientes en comparación a cómo estaban. Inmediatamente tomó la escobilla que había comprado e inició la limpieza del inodoro con un producto especial. Acabó pasando una esponja con un desinfectante aromático. Al final hizo lo mismo con el lavamanos, dejándolo desinfectado y limpio.

Todo le llevó más de 1 hora, y nosotros no podíamos creer lo que estábamos viendo y simplemente nos la pasamos retorciéndonos de las sillas.

Para terminar, diré que esa experiencia me recordó mucho a mi abuela materna, de signo también Leo. Mujer de carácter y que en una visita a su casa en México DF, cuando yo tenía como 9 o 10 años, una mañana me dijo: “Javier, tu abuela te va enseñar algo de la vida, si quieres aprender a vivir bien, hay que saber a hacer las cosas bien. Te voy a enseñar a vivir bien y limpio”. Me llevó a uno de los inodoros de su casa y me puso a lavarlo con utensilios y

productos que ella misma me mostró su manejo, diciéndome: “Mira, la gente que sabe vivir es limpia y ordenada, y esto es saber vivir, que no te dé miedo ni vergüenza de hacerlo”.

El Maestro sabía cómo romper los límites mentales que nosotros sus discípulos nos buscábamos como excusas para acomodarnos la Iniciación. Esto incluía nuestra gran autosuficiencia de pensar que ya nos la sabíamos de todas, todas.

Como ejemplo de este proceso y de su magistral arte de educarnos, les comparto la siguiente experiencia:

En la ciudad de Torreón, Coahuila, México, un día, al terminar el Ceremonial Cósmico y entrar en el estudio acostumbrado, el Maestro Estrada mencionó que había muchos tipos de Iniciados y de establecer sus categorías. Existían los decididos, los medio- Iniciados y los que soñaban o creían que eran iniciados y así se la pasaban creyendo.

Mencionó que los decididos se distinguían entre otras cosas por su autodisciplina de Yoga por lo menos 5 veces a la semana, la calidad de relación con las demás personas, por su estudio permanente, y en general porque sabían cumplir bien y ser felices.

Esa tarde, en un ambiente coloquial con el Maestro, uno de los presentes le preguntó: “Maestro, ¿no le parece que nos pide mucho? Usted nos dice que para ser buenos discípulos practiquemos 5 veces como mínimo asanas y gimnasia a la semana, que estemos bien con nuestros padres, parejas e hijos, dedicándoles todo el tiempo que sea necesario. Nos pide que tengamos calificaciones ejemplares en la universidad, nos pide que nos documentemos muy bien en temas de arte cultura, ciencia, y temas de todo tipo, incluidos los esotéricos. Nos pide que no faltemos a nuestra Escuela semanalmente, que tengamos dinero siempre para viajar y cumplir compromisos en todas partes; nos pide que viajemos a las principales reuniones de la GFU nacionales e internacionales, que aprendamos a divertirnos y a convivir, a observar la naturaleza a cielo abierto, etc. Maestro, ¿no se le hace que nos pide algo que solo Superman lo puede hacer?” Él contestó: “Esos son los que me interesan, los demás no”, se paró y se fue a su cuarto, dejándonos simplemente impactados.

El Maestro sabía cómo rompernos la idealización que creábamos a su figura extraordinaria. En todo el tiempo que le conocí, no le sentí desconectado de su aspecto humano. Estaba en permanente proceso de crecimiento y autocrítica. Algo más al respecto:

Una tarde en Acapulco, había dos o tres personas conviviendo con él. A uno de los presentes se le ocurrió preguntarle: “Maestro, ¿cómo le hace para no equivocarse? Siempre hace las cosas correctas y dice lo más apropiado para cada ocasión, a usted le sale fácil, pero nosotros nos enredamos solos cuando no está usted para decirnos cómo hacer las cosas”. A lo que el Maestro contestó: “Ahora resulta que según ustedes no me equivoco”. Colocó su mano

en la frente y exclamó “¡Pero qué brutos están mis discípulos!”, y prosiguió diciendo: “Miren, ¡sí que están brutos! Primero no se dan cuenta cuándo me equivoco y meto la pata, y no solo eso, sino que tampoco se dan cuenta cuándo la saco”. Y continuó: “Claro que cuando me doy cuenta de que he metido la pata, pues trato de sacarla rápidamente”. Volvió a darse una palmada en la frente, gesto que era muy clásico en él, y a repetir: “¡Pero qué brutos están, que no se dan cuenta ni cuando la meto ni cuando la saco!”. Sonrió pícaramente, se puso de pie y nos dejó más que sorprendidos.

Gurú Javier Eugenio Ferrara
19 de agosto del 2008

<http://gurujavierferrara.blogspot.com/>

gurujferrara@gmail.com